

EL LOBO/ .

La caleta de pescadores estaba en completa inactividad. Era la noche de San Juan.

Esa noche nadie lanzaría sus redes al mar. La leyenda del lobo marino, que en esa noche salía por los mares a cegar a los pescadores, atemorizaba a los habitantes de la caleta .

Los hombres se habían recogidos a sus chozas. El silencio invadía la playa blanqueada por el débil resplandor de una luna menguante.

Nicasio, apoyado en el muro de la mísera cabaña, contemplaba el paisaje. El no era del Sur; los vaivenes del destino lo habían arrojado de su ciudad natal, a esa playa sureña donde había encontrado trabajo y una mujer buena y hacendosa.

Claro que la pesca no le daba gran cosa, pero nunca le había faltado para alimentar a su mujer. Dentro de pocos días, serían tres los habitantes de la cabaña y sólo pensando eso, Nicasio se sentía feliz, tan feliz como si hubiera sido el dueño de un palacio, de una fábrica; tan feliz como si el mundo entero le perteneciera.

Pero había algo que lo sobrecogía: Si no pescaba esa noche; Con qué compraría las yerbas que la partera había recetado a la Chima;

Miró las aguas del mar. Estaban quietas, apenas si se movían en olas rítmicas y redondas.

¡La pucha con la lesera del lobo! Allá, en el norte, se pescaba todas las noches y nadie temía a nada.

Estaba indeciso. El hubiera querido salir a pescar esa noche, pero algo le retenía. Recordaba haber oído narrar a Ño Casimiro, extrañas historias marítimas de aparecidos y animales encantados.

Recordó el estado de su mujer y nuevamente regañó fastidiado:

¡La pucha con el lobo!

Se quedó contemplando el mar con gesto hosco.

-¡Nicasio!

Entró a la choza para ver que quería su mujer

-Nicasio, compraste las yerbas que dijo la María

-Mañana, mañana, mañana...

Sintió asco de su mentira; Con qué iba a comprar las yerbas el día siguiente?

-Si tuviese algo que vender;

Se resolvió. Buscó sus aparejos de pesca y salió del pequeño cuarto.

-¿Dónde vas, Nicasio?

-A dar una vuelta por la playa.

-No vayas a pescar, que no quiero verte ciego.

-Descuida, mujer.

Con gesto resuelto se dirigió a su bote y lo empujó a la mar. Se detuvo. Nuevamente las leyendas de No Casimiro poblaron su cerebro. Quiso retroceder, desistir de su propósito, pero miró a su cabaña, divisó la pálida luz de la vela que alumbraba el lecho de la Chima y su duda se disipó.

Tomó los remos y se internó en las aguas oscuras que apenas reflejaba la opacidad de una torreja de luna.

.....
Un grito agudo, desesperado, invadió la caleta.

Asustada, con un vago presentimiento, la Chima se irguió de su lecho.

-¡¡Nicasio!!...

Nadie contestó.

Por la puerta entreabierta se alcanzaban a divisar y oír a los pescadores que, asustados y temerosos, miraban hacia el mar.

Esforzándose, la Chima llegó a la puerta. Ya un bote se había dirigido al lugar del accidente. La mujer miró a los pescadores diseminados por la playa. Entre ellos, no se encontraba su marido. Sintió miedo. En la playa circulaba un mismo rumor:

-Es el lobo.

-El lobo de San Juan.

-¡Otra víctima del lobo!

No, no podía ser Nicasio. El le había asegurado que no pescaría esa noche. Seguramente, su marido estaría en el bote de salvamento. Sí, eso era en el bote de salvamento.

Extenuada, tratando de tranquilizarse, se sentó en la desvencijada cama.

No, no podía ser, pero... y si fuera él...

La duda la hacía sufrir enormemente.

Impaciente, esperó. Los minutos se deslizaban pausadamente.

-¡Ya regresan!

Efectivamente, el bote de salvamento se dirigía a la playa.

La Chima trató de aguzar la vista, pero no pudo distinguir a los tripulantes del bote.

Nerviosa, caminó en dirección al mar.

Ya llegaban. La Chima sintió que se le nublaban los ojos, mientras alcanzaba a ver a su marido que, mojado y desfalleciente, era ayudado por dos hombres. No pudo gritar. Hecha un ovillo cayó sobre la arena húmeda.

.....

Abrió los ojos. Todo lo veía caliginoso y turbio. En la choza habían muchos hombres; su marido, sentado cerca de ella, explicaba:

- "...y entonces, cuando vi una sombra que salía del mar, di un grito y me eché a nadar paál otro lado para que no me cegara"

Ño casimiro movió la cabeza y exclamó pausadamente:

-Es el primero que se escapa del lobo.

Todos callaron.

La mujer, en su seminconciencia, principió a comprender que volvía a ser feliz.